

en verlas; toda la familia bulliciosa de Seyla saltaba á mis rodillas para acariciarme: *Nunc vada latrantis Scylæ*. He ido á remotos países para a mirar las escenas de la naturaleza, y sin embargo podía haberme contentado con las que me ofrecía mi país natal.

Nada hay mas delicioso que las cercanías de Saint-Malo en un radio de cinco á seis leguas. Las orillas del Rance, desde su embocadura hasta Dinan, merecen por sí solas atraer á los viajeros: en ellas se encuentran interpoladas á cada paso las rocas y los cuadros de verdura, los arenales y los bosques, los antiguos castillos de la Bretaña feudal y las quintas modernas de la Bretaña comercial. Estas fueron construidas en un tiempo en que eran tan ricos los negociantes de Saint-Malo, que en sus días de regocijo despilfarraban las piastras, arrojándoselas al pueblo por la ventana. Todas aquellas habitaciones son del mayor lujo. Bonabaut, castillo de los señores de Lasandre, está construido casi todo con mármol traído de Génova; magnificencia de la cual apenas se tiene una idea en París. La Brillantais, el Beau, el Mont-Marin, la Ballue y Colombier tenían jardines llenos de naranjos y adornados con estatuas y magníficas fuentes, los cuales descienden en declive en algunos puntos, formando pórticos de fillos y columnatas de pinos hasta una alfombrada pradera. La mar ofrece también á la vista por encima de las tapias de un parterre sus embarcaciones, sus calmas y sus tempestades.

Todos los campesinos poseen una casita blanca con su correspondiente jardín; entre las flores, plantas y arbustos que cuentan en él, figuran los groselleros, los rosales y las siemprevivas, y en algunos se hallan también tal cual planta de té de Eguyna ó de tabaco Virginia, alguna flor de la China, y otros varios recuerdos, en fin, de otros climas y de otros suelos. Los terratenientes de la costa son de una raza normanda: las mujeres son altas, delgadas, ágiles, y visten jubones de lana parda, falda corta de algodón ó de seda rayada, y medias blancas con cuadros azules. En la cabeza suelen llevar una especie de cofieta de punto ó de batista. Todas las mañanas, en la primavera, se ve bajar en sus barcas á estas hijas del Norte, las cuales parece que van á invadir el país cuando llevan al mercado sus cestas llenas de fruta y sus limpios quesos y cuajadas; cuando se las ve sosteniendo con una mano en la cabeza vasijas negras llenas de leche ó canastillos de flores; cuando se ve el contraste que forman sus blancas tocas con sus ojos azules, su sonrosado semblante y sus blondos cabellos cubiertos con perlas de rocío, se diría que las Valkyrias del Edda, la mas joven de las cuales es el *Porvenir*, ó las Cenehoras de Atenas, no tenían tanta gracia. ¿Es parecido este cuadro que acabo de bosquejar al que ofrece en el día aquel país? Aquellas mujeres ya no existen mas que en mis recuerdos.

Paris octubre de 1821.

EL APARECIDO.—LA ENFERMEDAD.

Despídeme de mi madre para ir á ver á mis hermanos mayores, que vivían en las cercanías de Tongéres, y permaneci un mes en la posesion de Mad. de Chateaubourg. Sus dos casas de campo, Lascardais y el Plessis, situadas á las inmediaciones de Saint-Aubin-du-Cormier, célebre por su torre y su batalla, se hallaban rodeadas de peñascos, de bosques y de arenales. El mayordomo de mi hermana era un tal Mr. Livoret, que habia sido jesuita en otro tiempo, y al cual le sucedió una extraña aventura.

Cuando fue nombrado mayordomo de Lascardais, acababa de morir el conde de Chateaubourg, padre de Mr. Sivoret, que no le habia conocido, quedó insta-

lado de guardian del castillo. La primera noche que durmió solo en él vió entrar en su habitacion á un anciano pálido, con bata, gorro de noche, y con una pequeña bugía en la mano. La aparicion se acercó al hogar, y dejando la luz sobre la chimenea, se puso á atizar el fuego, y se sentó en seguida en un sillón. Mr. Sivoret estaba temblando de piés á cabeza; y despues de dos horas de sepulcral silencio, se levantó el anciano, volvió á coger su luz, y salió del cuarto, cerrando tras sí la puerta.

El mayordomo refirió su aventura á la mañana siguiente á los colonos, los cuales afirmaron, por la descripcion que Mr. Sivoret les hizo del aparecido, que era su antiguo amo. Pero no fue esto solo: si Mr. Sivoret salía al bosque y volvía la vista atrás, se encontraba con el fantasma; si tenia que atravesar en el campo algun vallado de espinos ó de retama, veía á la sombra á caballo sobre él mismo. Habiéndose atrevido un dia el pobre perseguido á decirle:—«Dejadme, caballero de Chateaubourg;» el aparecido le respondió lacónicamente:—«No.» Mr. Sivoret, hombre indiferente y positivo, y cuya imaginacion ademas no era de las mas brillantes, contaba su historia tantas cuantas veces se le decia que la contase, y siempre del mismo modo y con el mismo acento de conviccion.

Algun tiempo despues hice un viaje á Normandía con un oficial de los mas bizarros, el cual padecía de una fiebre cerebral, y nos alojamos en casa de un pechero. Nuestras camas estaban separadas únicamente por un viejo tapiz que habia prestado á este el señor de la aldea. Detrás de aquel tapiz sangraba al paciente, y para quitarle los dolores lo metian en un baño de agua de nieve: el infeliz daba diente con diente cuando se hallaba en aquella tortura, se le ponian amoratadas las uñas, se le contraía el semblante, rechinaban sus dientes, y se le caía el pelo de la cabeza y de su larga y puntiaguda barba, único abrigo que caía sobre su desnudo, flaco y mojado pecho.

Cuando la enfermedad alojaba un poco, abría un paraguas, creyendo que iba á estar debajo de él al abrigo de sus dolencias: si este remedio fuera seguro, preciso seria erigir una estatua al autor de tan importante descubrimiento.

Los únicos buenos instantes que pasaba eran aquellos en que iba á pasearme al cementerio de la iglesia de la aldea, el cual está situado en una pequeña altura. Los muertos, los pájaros y el sol, que iba llegando ya á su ocaso, eran mis únicos compañeros. Allí me entregaba á ilusorios sueños sobre la sociedad de París, sobre mis primeros años, sobre mi fantasma y sobre los bosques de Comboung, de los cuales me hallaba tan próximo por el espacio y tan distante por el tiempo, y despues me volvía á casa á cuidar á mi pobre enfermo; era un ciego conduciendo á otro ciego.

¡Ay! un golpe, una caída, una pena moral, pudieran haber arrebatado su genio á Homero, á Newton y á Bossuet, y aquellos hombres divinos, en vez de excitar una piedad profunda y un sentimiento amargo y eterno, hubieran sido quizás objeto de burla. He conocido y amado á muchas personas, cuya razon se ha extraviado al lado mio como si llevara yo el germen del contagio. No acierto á explicarme el cruel buen humor que respira la obra maestra de Cervantes, sino por medio de una reflexion triste: considerado el hombre de una manera absoluta y pensando detenidamente en el bien y el mal, casi le darian á uno tentaciones de desear cualquier accidente que condujera al olvido, como un medio de libertarse de sí mismo: un borracho alegre es una criatura feliz. A no ser por la religion, seria una felicidad el ignorarse á sí mismo y el llegar á la muerte sin haber sentido la vida.

Cuando regresamos de Normandía, conseguí traer á mi compatriota perfectamente curado.

Paris octubre de 1821.

ESTADOS DE BRETAÑA EN 1789.—INSURRECCION.—MUERTE DE SAINT-RIVEUL, MI COMPAÑERO DE COLEGIO.

Mad. Lucila y Mad. de Tarcy, que me habian acompañado en mi viaje á Bretaña, manifestaron deseos de regresar á París; pero yo tuve precision de quedarme, por la situacion turbulenta de la provincia. Los Estados se hallaban convocados para fin de diciembre (1788). La municipalidad de Rennes, y á su ejemplo las demas municipalidades de Bretaña, acordaron prohibir á sus respectivos diputados el que se ocupasen de ningun otro asunto hasta tanto quedase enteramente arreglada la cuestion de las pechas de *fogage*.

El conde de Boisgelin, que debia presidir el órden de la nobleza, se apresuró á llegar á Rennes, y en seguida se pasaron oficios convocando á todos los nobles incluso aquellos que eran, como yo, demasiado jóvenes para tener voto deliberativo. Podiamos ser atacados de un momento á otro; y como habia tanta necesidad de brazos como de votos, todos acudimos á nuestro puesto.

Antes de la apertura de los Estados hubo una porcion de reuniones preparatorias en casa de Mr. de Boisgelin. Todas aquellas escenas ruidosas que ya habia yo presenciado volvieron á renovarse. El caballero de Guer, el marqués de Tremargat y mi tio el conde de Bedée, á quien llamaban *Bedée el de la cachofa*, á causa de su inmensa gordura, en contraposicion de otro Bedée, flaco y larguirucho, á quien llamaban el *espárrago*, rompieron una porcion de sillas, encaramándose para perorar. El marqués de Tremargat, oficial de marina, que tenia una pierna de palo, acarrea algunos amigos á su partido: cierto dia que se hablaba de establecer una escuela militar para educar en ella á los hijos de la nobleza pobre, exclamó un individuo del estado llano:—«¿Y para los nuestros?—Para los vuestros el hospital,» respondió Tremargat: palabra de la cual se apoderó el pueblo, y que produjo sus frutos.

En estas reuniones descubrí una nueva cualidad de mi carácter, que he vuelto á encontrar despues en la política y en el ejército: cuanto mas se acaloraban mis colegas ó mis camaradas, tanto mas frio me iba quedando, y veía brotar fuego en la tribuna ó aplicar la mecha á un cañon con la mayor indiferencia: jamás he tenido miedo, ni á las palabras ni á las balas.

El resultado de nuestra deliberacion fue que la nobleza trataria primero de los asuntos generales, y no pasaria á ocuparse de las pechas sino despues de terminar todas las cuestiones: resolucion diametralmente opuesta á la que habia adoptado el estado llano. Los nobles no tenían gran confianza en el clero, el cual solia abandonarlos con frecuencia, principalmente cuando lo presidia el obispo de Rennes, personaje muy comedido, que hablaba con un ligero ceceo, que no carecia de cierta gracia, y gozaba de algun prestigio en la corte. Un periódico, titulado el *Centinela del Pueblo*, que redactaba en Rennes un aprendiz de escritor que habia venido exprefeso de París, fomentaba los odios.

Los Estados se reunieron en el convento de los dominicos, situado en la plaza de Palacio. Entramos en el salon de sesiones con la disposicion de ánimo que acaba de ver el lector, y apenas nos habiamos constituido, cuando principió á asediarnos el pueblo. Los dias 25, 26, 27 y 28 de enero de 1789 fueron para nosotros dias muy aciagos. El conde de Thiard tenia muy pocas tropas, y como era un jefe de carácter indeciso y falto de energía, no hacia mas que ir de un

lado para otro, sin hacer nada. La escuela de jurisprudencia de Rennes, á cuya cabeza iba Moreau, pidió auxilio á los jóvenes de Nantes, cuatrocientos de los cuales entraron en la ciudad, sin que pudiera impedirselo el gobernador con ruegos y amenazas. Las reuniones, en diferente sentido, habian llegado á ser unas colisiones sangrientas.

Cansados al fin de vernos bloqueados en nuestro salon, tomamos la resolucion de salir fuera, espada en mano, lo cual ofrecía un espectáculo magnífico. A una señal del presidente desenvainamos todos á la vez las espadas, y como una guarnicion exhausta de víveres, hicimos, al grito de *viva la Bretaña!* una furiosa salida, decididos á hollar con los piés á los sitiadores. El pueblo nos recibió á silbidos y á pedradas, y empezó á descargar sobre nosotros sendos palos y algunos tiros de pistola. Por nuestra parte abrimos una gran brecha en las masas que se aglomeraban sobre nosotros. La mayor parte de los nobles salieron heridos, y muchos de ellos quedaron contusos y completamente estropeados. Cuando á fuerza de mil trabajos y sudores conseguimos vernos libres, cada cual se fué á su casa.

Entre los nobles, los estudiantes de jurisprudencia y sus amigos de Nantes hubo una porcion de desafíos. Uno de estos duelos tuvo lugar en la Plaza Real, á presencia de todo el mundo: la victoria se decidió á favor del viejo Keralieu, oficial de marina, que fue atacado por su adversario, y el cual se defendió con una energía que mereció los aplausos de sus mismos enemigos.

En otro grupo estaban el conde de Montboucher y un estudiante, llamado Ulliacs, á quien dijo el primero en medio del combate:—«Esta cuestion debemos ventilarla nosotros, caballero.» Formóse al punto un círculo en torno de ambos, y habiendo hecho saltar Montboucher la espada de su contrario, se la devolvió en seguida, y despues de abrazarse cordialmente, se dispersó el grupo.

La nobleza de Bretaña no sucumbió al menos sin honra: se negó abiertamente á enviar sus diputados á los estados generales, porque no habia sido convocada segun las leyes fundamentales de la constitucion de la provincia; poco tiempo despues fué á reunirse en gran número con los ejércitos de los príncipes, y se dejó diezmar con Condé ó con Charette en las guerras vandeanas. ¿Hubiera introducido algun cambio la nobleza bretona en la Asamblea Nacional si hubiera llegado el caso de asistir á ella? No es lo probable: en las grandes trasformaciones sociales, la resistencia individual, muy digna de elogio si se quiere, es impotente contra los hechos. Con todo, no se puede calcular lo que hubiera podido producir un hombre del genio de Mirabeau, pero de opuestas opiniones, si hubiese existido en el órden de la nobleza bretona.

El joven Boishue y Saint-Riveul, mi compañero de colegio, habian perecido antes de estas escaramuzas al dirigirse á la cámara de la nobleza: en vano fue defendido el primero por su padre, el cual presencié su muerte.

Véome precisado, lector, á detenerte, para que veas correr las primeras gotas de sangre que debia derramar la revolucion. El cielo quiso que saliesen de las venas de un compañero de mi infancia. En el supuesto de que hubiera sucumbido yo en lugar de Saint-Riveul, se hubiera dicho de mí, sin mas alteracion que la del nombre, lo mismo que se dijo de la primera víctima que dió principio á la gran inmolacion: «Un noble, llamado *Chateaubriand*, fue muerto al dirigirse al salon de los Estados.» Estas dos palabras hubieran reemplazado mi larga historia. ¿Hubiera representado Saint-Riveul el mismo papel que yo sobre la tierra? ¿Estaba destinado á la oscuridad ó al brillo de la fama?

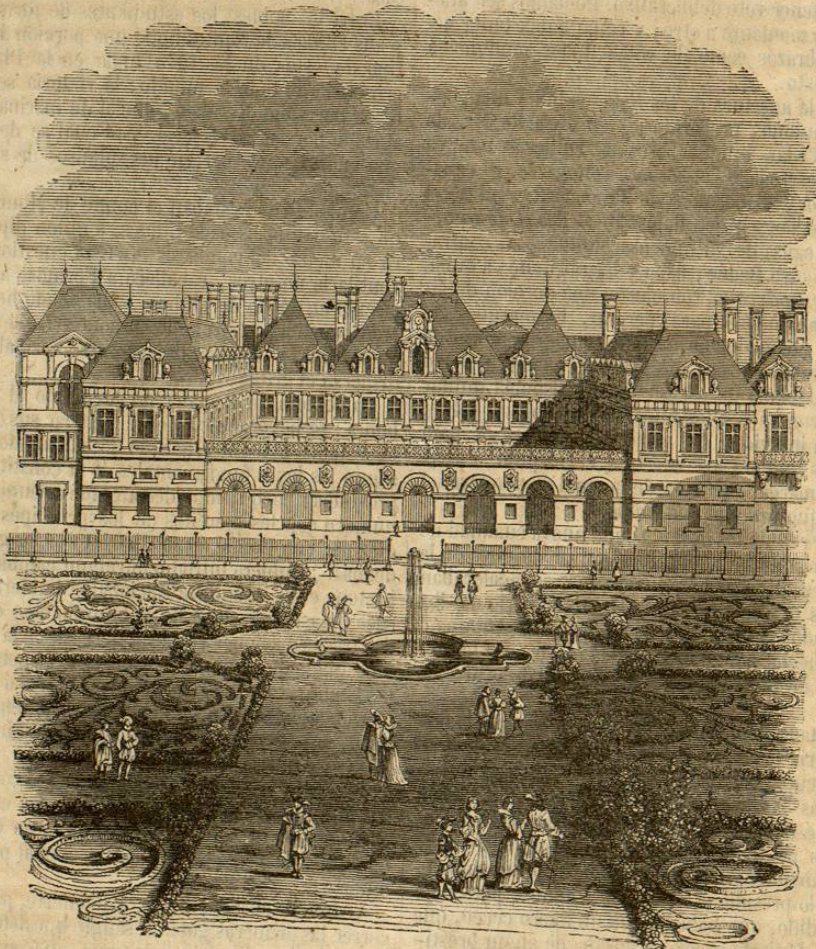
Ahora, lector, ya puedes pasar adelante: atraviesa

el río de sangre que separó para siempre el viejo mundo, del que acabas de salir, del mundo nuevo, á cuya entrada te sorprenderá la muerte.

Paris octubre de 1821.

AÑO DE 1789.—VIAJE DE BRETAÑA Á PARÍS.—MOVIMIENTO SOBRE PARÍS.—ASPECTO DEL MISMO.—VUELTA DE MR. NECKER.—VERSALLES.—REGOCIJO DE LA FAMILIA REAL.—INSURRECCION GENERAL.—TOMA DE LA BASTILLA.

El año de 1789, tan famoso en nuestra historia y en la historia de la especie humana, me cogió en los arenales incultos de mi país natal; no habiendo podido dejar la provincia sino demasiado tarde, llegué á París despues del saqueo de la casa Rebeillon, la aper-



VERSALLES.

abandonaban sus mostradores y salian á cazar noticias para volver á contarlas luego á la puerta de sus tiendas; los alborotadores se aglomeraban en la plaza del real palacio; Camilo Desmoulins principiaba á distinguirse entre los grupos.

Casi en el instante mismo en que nos apeamos madama de Tarcy, Mad. Lucila y yo en una fonda de la

calle de Richelieu, estalló una insurreccion: el pueblo se dirigió en tropel á la Abadía para poner en libertad algunos guardias arrestados por sus gefes. Los oficiales del cuadro de un regimiento de artillería, que estaba acuartelado en los Inválidos, se unieron al pueblo. Aquel dia principió la defeccion en el ejército.

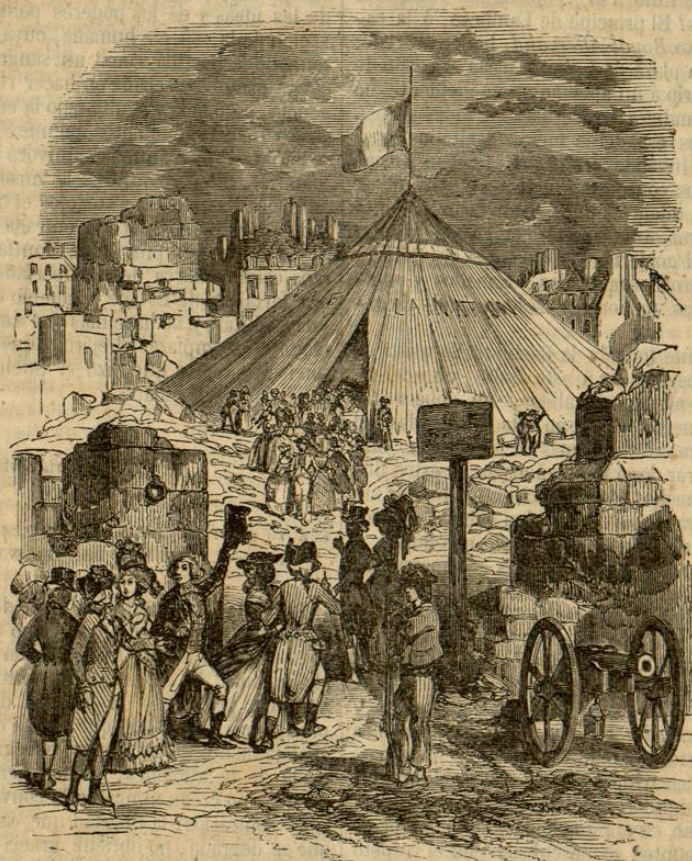
tura de los estados generales, la constitucion del estado llano en asamblea general, el juramento del Juego de pelota, la sesion real del 23 de junio y la incorporacion del clero y la nobleza al estado llano.

En todos los pueblos de mi tránsito reinaba la mayor agitacion: los lugareños detenian los carruages en las aldeas, pedian los pasaportes, é interrogaban á los viajeros. El movimiento y la agitacion iban siendo mayores á medida que se iba aproximando á la capital. Al pasar por Versailles vi acuarteladas las tropas en los jardines, llenas las plazas de trenes de artillería, la sala provisional de la asamblea nacional situada en la plazuela de palacio, y á los diputados que iban y venian de un lado á otro mezclados con los curiosos, los soldados y la real servidumbre.

Las calles de París estaban atestadas de inmensas turbas que se agolpaban á las puertas de los panaderos, los transeuntes se reunian alrededor de los guardantones, y pronunciaban discursos; los tenderos

La corte, dispuesta á ceder unas veces y á resistir otras, tenaz y débil al mismo tiempo, y manifestando tan pronto miedo como valor, se dejó burlar por Mirabou, el cual pidió el alejamiento de las tropas y no consintió en que se alejasen; aceptó la afrenta, y no destruyó la causa. Habiendo corrido la voz en París de que venia un ejército por el sumidero de Montmartre, y de que los dragones iban á forzar las barreras, se excitó al pueblo á que desemperrara las calles

y á que subiera las piedras hasta los quintos pisos, para arrojarlas despues sobre los satélites del tirano: los parisienses pusieron al momento manos á la obra. En medio de aquel trastorno recibió Necker la orden de retirarse. El nuevo ministerio se componia de MM. de Breteuil, de Galaisiere, del mariscal de Broglie, de la Vauguyon, de Laporte y de Foulon, los cuales reemplazaban á MM. Montmorin, de La Lucerne, de Saint-Priest y de Nivernais.



BALE NACIONAL EN LAS RUINAS DE LA BASTILLA.

Un poeta breton, que hacia muy poco tiempo que se habia dado á luz, me suplicó que lo llevase á Versailles. Hay gentes que tienen humor de visitar los jardines y las fuentes de artificio en medio del trastorno de los imperios; los emborradores de papel son los que mas especialmente adolecen de este achaque y los que tienen la facultad de entregarse á su mania durante los mas graves acontecimientos; su frase ó su estrofa es lo único que les llama la atencion.

Decidime á llevar á mi Pindaro á la hora de misa á la galería de Versailles. El Ojo de Bui estaba radiante: la vuelta de Mr. Necker habia exaltado los ánimos; creíase segura la victoria, y Sanson y Simon, confundidos entre las masas, eran quizá espectadores del regocijo de la familia real.

La reina pasó con sus dos hijos, cuyas blondas ca-

belleras parecian reclamar una corona: la señora duquesa de Angulema, de edad entonces de once años, atraia las miradas de todos por su virginal orgullo: hermosa con la nobleza del rango y la inocencia de la juventud, parecia que iba diciendo, como la flor de naranjo en la guirnalda de Julia, de Corneille:

J' ai la pompe de ma naissance.

El delfín caminaba bajo la proteccion de su hermana, y Mr. Du Touchet iba detrás de su discípulo, el cual me reconoció y llamó hácia mí la atencion de la reina. S. M. me miró sonriéndose, y me saludó de la graciosa manera que lo habia hecho el dia de mi presentacion. Jamás olvidaré aquella mirada que debía extinguirse tan pronto.

María Antonieta dibujó tan perfectamente al sonreirse la forma de su boca, que el recuerdo de aque-

lla sonrisa (cosa horrible!) me hizo reconocer la quijada de la hija de los reyes en las exhumaciones de 1815.

El eco del golpe dado en Versalles retumbó en París. A mi regreso volví piés atrás al ver á la multitud que llevaba los bustos de Mr. Necker y del duque de Orleans, cubiertos con crespones; gritábase: ¡Viva Necker! ¡Viva el duque de Orleans! Y entre estas vivas se oía de vez en cuando otro mas avanzado é imprevisible: ¡Viva Luis XVII! Victoreábase á aquel mismo niño cuyo nombre no se hallaria en la inscripción fúnebre de su familia si yo no lo hubiese recordado en la cámara de los Pares! ¿Qué! hubiera sucedido si Luis XVII hubiera sido colocado en el trono por abdicacion de Luis XVI, y declarado regente el duque de Orleans? El príncipe de Lambese, á la cabeza del regimiento *Royal-Allemand*, hizo retroceder al pueblo desde la plaza de Luis XV hasta el jardín de las Tullerías, é hirio á un anciano; este incidente dió ocasion á que cundiera la alarma por todas partes. Los talleres de los espaderos fueron asaltados, y se extrajeron de los Inválidos treinta mil fusiles. Armáronse los paisanos con picas, garrotes, horquillas, sables y pistolas, mientras unos saqueaban á Saint-Lazare, incendiaron otros las murallas. Apoderáronse de las riendas del gobierno los electores de París, y en una noche fueron organizados, armados y equipados de guardias nacionales sesenta mil ciudadanos.

El 14 de julio fue tomada la Bastilla. Yo asistí en calidad de mero espectador á este asalto, que defendían únicamente algunos inválidos y un gobernador tímido. Si las puertas hubiesen estado cerradas, el pueblo no hubiera entrado jamás en la fortaleza. Únicamente ví disparar dos ó tres cañonazos, y estos disparos no fueron hechos por los inválidos, sino por algunos guardias franceses que habian subido ya á los torreones. De Saunay fue sacado de su escondrijo, y despues de haber sufrido mil ultrajes, le aporrearon en las gradas del *hotel de Ville*; el síndico del comercio Flesellés fue herido en la cabeza de un pistoletazo: tal era el espectáculo que halaban tan agradable los hipócritas sin corazón. En medio de aquellos asesinatos, el pueblo se entregaba á la orgía, como lo hizo en las turbulencias de Roma en tiempo de Othon y de Vitelio! Los vencedores de la Bastilla, borrachos felices, proclamados conquistadores en tabernas, fueron paseados en triunfo por las calles y las plazas en carruajes de alquiler; escoltábanlos las prostitutas y los *sans-culottes*, cuyo reinado daba entonces principio. Los transeúntes se descubrían con el respeto que infunde el miedo ante aquellos héroes, algunos de los cuales murieron de fatiga en medio de su triunfo.

Multiplicáronse las llaves de la Bastilla, y se remitieron á todos los fatuos de importancia de las cuatro partes del mundo. ¡Cuántas veces he desperdiciado mi fortuna! Si en aquella época en que representé el papel de espectador, me hubiera inscrito en el registro de los vencedores, en el dia tendria una pension.

Los peritos acudieron presurosos á hacer la autopsia de la Bastilla. Estableciéronse cafés provisionales en algunas tiendas de campaña, y la concurrencia se aglomeraba allí como en la feria de Saint-Germain ó de Longchamp: veíanse desfilar ó detenerse una infinidad de carruajes al pié de las torres, desde las cuales les lanzaban enormes piedras entre inmensos torbellinos de polvo. Entre los obreros medio desnudos que demolían las murallas, con aplauso de la muchedumbre, habia algunas mujeres bien vestidas y algunos jóvenes elegantes. Presenciaban ademas este espectáculo los oradores de mas fama, los literatos mas conocidos, los pintores mas célebres, los actores y actrices de mas reputacion, las bailaranas que se

hallaban mas en boga, los extranjeros mas ilustres, los señores de la corte y los embajadores de Europa: la Francia antigua habia acudido para presenciar su fin: la moderna para empezar su existencia.

Ningun suceso, por odioso ó miserable que sea en sí mismo, debe ser tratado con ligereza cuando es grave por las circunstancias y llega á formar época; lo que debió llamar la atencion en la toma de la Bastilla (y esto no se tuvo presente entonces), no era precisamente el acto violento de la emancipacion del pueblo, sino la emancipacion misma, que fue el resultado de este acto.

Admiróse lo que debía condenarse; es decir, el accidente, y nadie buscó en el porvenir los destinos cumplidos de un pueblo, el cambio de las costumbres, de las ideas y de los poderes políticos, y una renovacion de la especie humana, cuya era inauguraba la toma de la Bastilla como un sangriento jubileo. La cólera brutal se cebaba en hacer ruinas, y la inteligencia, escudada y oculta bajo la cólera, fundaba con estas ruinas los cimientos del nuevo edificio.

Pero la nacion, que se equivoca acerca del hecho material, no se equivoca lo mismo sobre el hecho moral: la Bastilla era á sus ojos el trofeo de la esclavitud, y al verla situada á la entrada de París, al frente de los diez y seis pilares de Montfaucon, la consideraba como la horca de sus libertades (1). Al derruir una fortaleza de Estado, el pueblo cree que sacude el yugo militar, y no hace mas que contraer un empeño tácito de reemplazar el ejército que disuelve: sabidos son los prodigios que hizo el pueblo cuando llegó á convertirse en soldado.

París noviembre de 1821.

EFECTO QUE PRODUJO EN LA CÔRTE LA TOMA DE LA BASTILLA.—LAS CABEZAS DE FOULON Y DE BERTHIER.

Despertando Versalles al ruido de los escombros de la Bastilla, y considerándolo como el ruido precursor de la caída del trono, habia pasado de la jactancia al abatimiento. El rey acudió presuroso á la asamblea nacional; pronunció un discurso desde la silla de la presidencia; manifestó que estaba dada la orden para el alejamiento de las tropas, y regresó á palacio colmado de bendiciones: ¡demostraciones inútiles! Los partidos no creen nunca en la conversion de los partidos contrarios: la libertad que capitula, ó el poder que se degrada, no obtiene gracia de sus enemigos.

Ochenta diputados partieron de Versalles para anunciar la paz á la capital; este fausto acontecimiento fue celebrado con iluminaciones. Mr. Bailly fue nombrado *maire* de París, y Mr. de Lafayette comandante de la guardia nacional: no he conocido mas respetable sabiduria que la que saca el pobre de sus desgracias. Las revoluciones tienen hombres para todos sus períodos; unos las siguen hasta el fin, y otros las empuézan, pero no las acaban.

La dispersion fue general; los cortesanos partieron para Basilea, Lausanne, Luxemburgo y Bruselas. Madama de Polignac encontró en su fuga á Mr. Necker que regresaba. El conde de Artois, sus hijos y los tres Condés, emigraron tambien, llevando en pos de sí el alto clero y una parte de la nobleza. Los oficiales amenazados á todas horas por sus insurrectos soldados, cedieron al torrente que los impelia á abandonar sus filas. Luis XVI quedó solo ante la nacion con sus dos hijos y algunas damas; la reina, *Mesdames* (las infantas) y Mad. Isabel. *Monsieur* (hermano segundo

(1) Hace cincuenta y dos años que se están edificando quince Bastillas para oprimir aquella libertad, en cuyo nombre fue derribada la primera. (París, nota de 1847).

del rey), que se quedó hasta la evasion de Versalles, no era tampoco de gran utilidad para su hermano: la revolucion desconfiaba de él, á pesar de que habia decidido en cierto modo la suerte de la revolucion, opinando en la asamblea de los notables por el voto individual; por otra parte, no profesaba al rey una gran estimacion, comprendia muy mal á la reina, y el afecto de ambos esposos hácia él era bastante frio.

Luis XVI llegó el 17 al *hotel de Ville*, y fue recibido por cien mil hombres armados como los frailes de la Liga. Arengáronle, vertiendo lágrimas, MM. Bailly, Moreau de Saint-Mery y Lally-Toledan. El rey se enterneció tambien á su vez, y se puso en el sombrero una enorme escarapela tricolor; esto le valió ser declarado allí mismo *hombre honrado, padre de los franceses y rey de un pueblo libre* que se preparaba, en virtud de su libertad, á derribar la cabeza del hombre honrado, de su padre y de su rey.

Pocos dias despues de esta reconciliacion hallábame yo en los balcones de mi posada con mis hermanas y algunos bretones, cuando oimos gritar:—«¡Cerrad las puertas, cerrad las puertas!» Un grupo de descamisados venia corriendo por uno de los extremos de la calle; en el centro del mismo se elevaban dos estandartes que no distinguimos bien desde lejos. Asi que fueron acercándose hácia nosotros, vimos que eran dos cabezas desgrenadas y desfiguradas horriblemente, que los predecesores de Marat llevaban en las puntas de dos picas: aquellas cabezas eran las de MM. Foulon y Berthier. Todos, excepto yo, se retiraron de los balcones. Los asesinos se pararon en frente de mí y alargaron las picas, cantando, saltando y dando brinco para aproximarse á mi cara aquellas pálidas efigies. El ojo de una de las cabezas, que lo habian hecho saltar de su órbita, caia sobre el oscuro semblante del cadáver; la pica atravesaba por la abierta boca, cuyos dientes mordían el hierro.—«¡Miserables! exclamé yo, no siéndome posible reprimir mi indignacion: ¿es asi como entendeis la libertad?» Si en aquel instante hubiera tenido un fusil, lo hubiera disparado sobre aquellos miserables como sobre una manada de lobos. Los amotinados dieron bramidos de coraje, y trataron de derribar á golpes las puertas cocheras para subir por mi cabeza y reunirla con la de sus victimas. Mis hermanas se pusieron malas, y los cobardes de la fonda me abrumaron á reconvencciones. Los asesinos, en cuya persecucion venia fuerza armada, no tuvieron tiempo de invadir la casa, y se alejaron.

Aquellas cabezas, y otras que vi en igual estado muy poco despues, cambiaron mis disposiciones políticas; cobré un horror profundo á los festines de aquellos canibales, y empezó á germinar en mi espíritu la idea de abandonar la Francia y de dirigirme á cualquier país lejano.

París noviembre de 1821.

VUELVE Á SER LLAMADO MR. NECKER.—SESION DEL 11 DE AGOSTO DE 1789.—JORNADA DEL 5 DE OCTUBRE.—CONDUCCION DEL REY Á PARÍS.

Mr. Necker, tercer sucesor de Turgot, despues de Calonne y Taboureaux, y el cual fue llamado por segunda vez al ministerio el 25 de julio, y recibido con festejos y aclamaciones, se vió al poco tiempo precipitado por los sucesos, y perdió su popularidad. No dejaba de ser una de las cosas singulares de aquella época el que un personaje tan grave hubiese sido elevado al puesto de ministro por los manejos de un hombre tan adocenado y tan ligero como el marqués de Peray. El *rendimiento de cuentas* que hizo que se sustituyese en Francia el sistema de empréstitos al

de contribuciones, removió las ideas en tales términos, que hasta las mujeres discutian acerca de los ingresos y de los gastos; veíase por la vez primera, ó se creia ver alguna cosa en la máquina de números. Aquellos cálculos, pintados de un color á lo Thomas, habian sido la base de la reputacion del director general de hacienda. Hábil tenedor de caja, pero economista sin recursos; escritor noble, pero engreído; y hombre honrado, aunque sin virtud alguna elevada, el banquero venia á ser uno de aquellos antiguos personajes que se presentaban en el escenario á explicar al público la obra que iba á representarse, y que desaparecian al levantar el telon. Mr. Necker es el padre de Mad. Stael: su vanidad le impedia conocer que su verdadero título para la posteridad era la gloria de su hija.

La monarquía fue demolida, como la Bastilla, en la sesion de la Asamblea nacional de la tarde del 4 de agosto. Los que, llevados de su odio á lo pasado, declaman en la actualidad contra la nobleza, olvidan sin duda que un individuo de su seno, el vizconde de Noailles, secundado por el duque de Aiguillon y por Mathieu de Montmorency, fue quien derribó el edificio que era objeto de las prevenciones revolucionarias. En virtud de la proposicion del diputado feudal, fueron abolidos los derechos feudales, los de caza, palomar y vivero, los diezmos, los privilegios de las órdenes, ciudades y provincias, las servidumbres personales, los señoríos de justicia y la venta de los oficios. Los golpes mas violentos que recibió la antigua constitucion del Estado procedian de los nobles. Los patricios empezaron la revolucion, y los plebeyos la acabaron: la vieja Francia debió su gloria á la nobleza francesa; la Francia moderna le debe su libertad, dado caso que exista libertad para la Francia.

Las tropas, acantonadas en las cercanias de París, recibieron órden de retirarse, y por uno de esos consejos contradictorios que hacen fluctuar la voluntad del rey, fue llamado á Versalles el regimiento de Flandes. Los guardias de corps dieron un banquete á la oficialidad del mismo, en el cual se enardecieron las cabezas algun tanto; la reina se presentó á mitad de la comida con el delfín, y hubo abundancia de brindis á la salud de la familia real: el rey asistió tambien, y la música militar tocó la cancion entusiasta y favorita: ¡Oh Richard, oh mon roi! Cuando llegó á París la noticia de este banquete, los de opinion opuesta se apoderaron de ella con una avidéz extraordinaria: esparcióse la voz de que Luis rehusaba su sancion á la declaracion de los derechos para escaparse á Metz con el conde de Estaing. Marat, que redactaba ya en aquella época *El Amigo del pueblo*, fue el propagador de estos rumores.

Llegó el 5 de octubre. Yo no fui testigo de los sucesos de aquella jornada. La relacion de lo acaecido en ella se supo en la capital en la madrugada del 6, y nos anunciaron al mismo tiempo que el rey venia á París. Todo lo que yo tenia de tímido en los salones, tenia de audaz y osado en las plazas públicas: creíame nacido para la soledad ó para el *forum*. Dirigime á los Campos-Eliseos, y lo primero que se ofreció á mi vista fueron los cañones, sobre los cuales venian montadas á horcajadas algunas harpías, ladronas y prostitutas, diciendo obscenidades, y haciendo los gestos mas inmundos. En seguida, y en medio de una horda compuesta de gentes de ambos sexos y de todas edades, caminaban á pié los guardias de corps, los cuales se vieron precisados á cambiar con los guardias nacionales sus sombreros, espadas y tahalies: cada uno de sus caballos traia encima á dos ó tres verduleras, asquerosas bacanales, que venian borrachas y con los pechos al aire. Detrás de los guardias iba la diputacion de la Asamblea nacional, y luego seguian los carruajes del rey, que rodaban por la oscuridad polvorosa de un bosque de picas y bayonetas. A las portezuelas del

coche iban varios traperos llenos de guñapos, y carniceros con su sangriento delantal á la espalda, con su desnudo cuchillo en la cintura, y las mangas remangadas: la imperial, el pescante y el sitio de los lacayos estaban ocupados por otros personajes del mismo género. Disparábanse tiros de fusil y de pistola, y el populacho gritaba: ¡*Ahi van el pastelero, la pastelera y el marmiton!* Delante del hijo de San Luis, y á guisa de oriflama, elevábanse sobre dos alabardas las cabezas de dos guardias de corps, rizadas y empolvadas por un peluquero de Sèvres.

El astrónomo de Bailly declaró á Luis XVI en el *hotel de Ville* que el pueblo, humano, fiel y respetuoso, acababa de conquistar á su rey: y el rey por su parte, muy sensible á esta manifestacion y muy contento, declaró que habia venido á París por su propia voluntad: falsedades indignas, hijas de la violencia y del miedo, que deshonraban entonces á todos los hombres y á todos los partidos. Luis XVI no era falso, sino débil; pero si la debilidad no es lo mismo que la falsedad, hace sus veces: el respeto que deben inspirar la virtud y la desgracia del rey santo y mártir, convierten todo juicio humano en un casi sacrilegio.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

Los diputados dejaron á Versalles y tuvieron su primera sesion el 19 de octubre en uno de los salones del arzobispado. El 9 de noviembre se trasladaron al recinto del Manege, cerca de las Tullerías. En lo que restaba del año de 1789 expidieron decretos despojando de sus bienes al clero y destruyendo la antigua magistratura, y crearon los asignados, la autorizacion de la municipalidad de París para que se constituyera en primer comité de indagaciones, y el mandato de los jueces para el procedimiento del marques de Fabras.

La asamblea constituyente, á pesar de todo lo que puede echarse en cara, no dejó de ser por eso la congregacion popular mas ilustre que habia existido hasta entonces en las naciones, tanto por la grandeza de sus transacciones como por la inmensidad de sus resultados. No hubo cuestion política, por elevada que fuese, que no tocase y resolviere con acierto. ¡Qué hubiera sido de ella si se hubiese atendido únicamente á los acuerdos de los estados generales, y no hubiese tratado de ir mas allá de lo que estos fueron! Todo lo que la experiencia y la inteligencia humana habian descubierto, concebido y elaborado durante tres siglos, se halla consignado en estas actas, así como los diversos abusos de la antigua monarquia y los medios propuestos para remediarlos. En ellas consta tambien la reclamacion de todas las libertades, inclusa la de la prensa, y la promocion de toda clase de mejoras para la industria, las manufacturas, el comercio, los caminos, el ejército, las contribuciones, la hacienda, las escuelas y la instruccion pública, etc. Hemos atravesado, sin sacar provecho alguno, abismos de crímenes y montones de gloria; la república y el imperio no han servido para nada; el imperio no ha hecho mas que regularizar la fuerza brutal de los brazos que la república habia puesto en movimiento, y dejarnos la centralizacion; administracion vigorosa, que en mi juicio es un mal, pero que es quizás la única que pudiera reemplazar las administraciones locales en aquella época, en que todas estaban destruidas, y en que la anarquía y la ignorancia bullian en todas las cabezas. Acerca de esto apenas hemos dado un paso desde la asamblea constituyente acá: sus trabajos son como los del gran médico de la antigüedad, los cuales marcaron los límites de la ciencia. Hablemos, pues, de algunos

individuos de aquella asamblea, y fijémosnos en Mirabeau, que es el que los resume y domina á todos.

París noviembre de 1821.

MIRABEAU.

Mezclado por los desórdenes y los azares de su vida á los mas grandes acontecimientos y á la existencia de los presidiarios, de los despojadores y de los aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia, diputado de la democracia, tenia algo de Graco y de don Juan, de Catilina y de Guzman de Alfarache, del cardenal de Richelieu y del cardenal de Retz, del truhan de la regencia y del salvaje de la revolucion. Tenia ademas la esencia de los *Mirabeau*, familia florentina desterrada, que conservaba algo de esos palacios armados y de esos grandes facciosos celebrados por Dante; familia que se habia naturalizado en Francia, donde el espíritu republicano de la edad media de la Italia y el sentimiento feudal de nuestra edad media se habian reunido en una sucesion de hombres extraordinarios.

La fealdad de Mirabeau, aplicada sobre el fondo de la belleza particular á su raza, producía como una figura poderosa parecida al juicio final de Miguel Angel. Los surcos abiertos por la viruela sobre el semblante del orador parecían como la huella que deja el fuego al pasar. La naturaleza parecia haber modelado su cabeza para el imperio ó para el cadalso, tallado sus brazos para comprimir con ellos una nacion ó robar una mujer. Cuando sacudia su cabellera mirando al pueblo, lo paraba; cuando levantaba su planta y mostraba sus uñas, la plebe corría furiosa. En medio del espantoso desorden de una sesion lo he visto en la tribuna sombrío, feo é inmóvil: recordaba el caos de Milton, impenetrable y sin forma en el centro de su confusion.

Mirabeau tenia algo de su padre y de su tío, quienes, como Saint-Simon, escribían á la diábala páginas inmortales. Suministrábanle discursos para la tribuna, y tomaba de ellos lo que su espíritu podia amalgamar á su propia sustancia. Si los adoptaba enteros, los pronunciaba mal; conociase que no eran suyos por las palabras que á la ventura intercalaba en ellos, y que le revelaban. Sacaba su energía de sus vicios, y estos vicios no nacían de un temperamento frígido, sino de pasiones profundas, abrasadoras y tempestuosas. El cinismo de las costumbres trae á la sociedad, destruyendo el sentimiento moral, una especie de bárbaros: estos bárbaros de la civilizacion, aptos para destruir como los godos, no tienen cual ellos el poder de fundar; aquellos eran los enormes hijos de una naturaleza virgen; estos son los abortos monstruosos de una naturaleza depravada.

Por dos veces he hallado á Mirabeau en un banquete: una en la casa de la sobrina de Voltaire, la marquesa de Villette, y otra en el Palais-Royal, con diputados de la oposicion que Chapelier me habia hecho conocer: Chapelier marchó al cadalso en la misma carreta que mi hermano y Mr. de Malesherbes.

Mirabeau habló mucho, y sobre todo mucho de sí propio. Aquel hijo de leones, leon él mismo, con cabeza de quimera; aquel hombre, tan positivo en los hechos, era todo lo novelesco, todo lo poeta, todo lo entusiasta posible por su imaginacion: en su lenguaje reconocíase al amante de Sofia, exaltado en sus sentimientos y capaz del sacrificio. «Yo la encontré, me dijo, esa mujer adorada... supe lo que era su alma, ese alma formada por manos de la naturaleza en un momento de magnificencia.»

Mirabeau me encantó con sus aventuras amorosas, con sus deseos de retiro, que mezclaba al traves de

áridas discusiones. Me interesaba ademas por otro motivo: como yo, habia sido tratado severamente por su padre, el cual habia guardado, como el mio, la inflexible tradicion de la autoridad paternal absoluta.

El gran convidado se extendió sobre la política extranjera, y no dijo casi nada sobre la política interior; era, sin embargo, lo que le preocupaba: pero dejó escapar algunas palabras de soberano desprecio contra los hombres que se proclamaban superiores, merced á la indiferencia que afectaban hacia las desdichas y los crímenes. Mirabeau habia nacido generoso, sensible á la amistad, fácil para perdonar las ofensas. A pesar de su inmoralidad, no habia podido falsear su conciencia; solo era corrompido para sí propio: su espíritu recto y firme no hacia del asesinato una sublimidad de la inteligencia, y no tenia admiracion alguna para los matadores y asesinos.

Mirabeau era orgulloso, y se elogiaba ultrajándose; aunque se constituyó en mercader de paños para ser elegido por el pueblo (habiendo tenido la nobleza la honrosa locura de rechazarlo), estaba orgulloso de su nacimiento: *Pájaro cuyo nido fue entre cuatro torrecillas*, dice su padre. No olvidaba que habia aparecido en la corte montado en las carrozas, y cazado con el rey. Exigia que se le calificase con el título de conde, y cubrió á sus pajes y lacayos con la librea de su casa, cuando todo el mundo suprimía sus colores y cuarteles. Citaba á tuertas y derechas á su *pariente*, el almirante de Coligny. Habiéndolo llamado el *Monitor* Riquet: «¿Sabeis, dijo colérico al periodista, que durante tres dias habeis desorientado con vuestro Riquet á la Europa?» Repetía esta gracia impudente y tan conocida: «En otra familia, mi hermano, el vizconde, seria el hombre de talento y la mala cabeza; en mi familia es el tonto y el hombre de bien.»

El fondo de los sentimientos de Mirabeau era monárquico; ha pronunciado estas bellas palabras: «He querido curar á los franceses de la supersticion á la monarquia y sustituir á ella su culto.» En una carta destinada á ser leida por Luis XVI, escribia: «No quisiera haber trabajado tan solo en una vasta destruccion.» Sin embargo: esto fue lo que le aconteció: el cielo, para castigarnos por haber empleado mal nuestros talentos, nos da el arrepentimiento por nuestros mismos triunfos.

Mirabeau removía la opinion con dos grandes palancas: de un lado tomaba su punto de apoyo en las masas, de quienes se habia constituido defensor despreciándolas; del otro, aunque traidor á su orden, sostenía la simpatía por las afinidades de casta y comunes intereses. Jamás sucederá esto al plebeyo, campeón de las clases privilegiadas; seria abandonado de su partido sin conquistarse la aristocracia, ingrata por naturaleza cuando no se ha nacido en sus filas. La aristocracia no puede ademas improvisar un noble, puesto que la nobleza es hija del tiempo.

Mirabeau ha hecho muchos discípulos. Rompiendo los lazos morales, muchos han soñado que se transformaban en hombres de Estado. Estas imitaciones solo han producido pequeños perversos: aquel que se liasonjea con ser corrompido y ladrón, no es mas que un miserable perdido; aquel que se cree despreocupado, no es sino vil, y aquel que se vanagloria de ser criminal, solo es un infame.

Muy pronto para él, demasiado tarde para ella, Mirabeau se vendió á la corte, y la corte lo compró. Jugó su *nombradía*, por una pension y una embajada: Cromwell estuvo á pique de trocar su porvenir por un título y la orden de la Jarretiera. A pesar de su soberbia, Mirabeau no se estimaba en lo que valía. Ahora que la abundancia del numerario y de los destinos ha elevado el precio de las conciencias, no hay *personaje* cuya adquisicion no cueste algunos centenares de miles de francos y los primeros honores del Estado. La tumba desligó á Mirabeau de sus promesas y lo puso

al abrigo de los peligros que verosimilmente no habria podido vencer; su vida habria demostrado su debilidad para el bien; su muerte lo ha dejado en posesion de su fuerza para el mal.

Al salir de nuestra comida, discutiase sobre los enemigos de Mirabeau: yo me hallaba á su lado, y no habia pronunciado una sola palabra. Me miró fijamente con sus ojos de orgullo, de vicio y de genio, y aplicando su mano sobre mi espalda, me dijo: «No me perdonarán jamás mi superioridad.» Aun siento la impresion de aquella mano, cual si Satanás me hubiese tocado con su abrasada planta.

Cuando Mirabeau fijó sus miradas sobre un joven mudo, ¿tuvo un presentimiento de mis destinos futuros? ¿Pensó que habria de comparecer un día ante mis recuerdos? Estaba yo destinado á ser el historiador de los altos personajes; han desfilado delante de mí, sin que yo me haya acogido á su manto para hacerme arrastrar con ellos á la posteridad.

Mirabeau ha sufrido ya la metamorfosis que se opera con todos aquellos cuya memoria está destinada á vivir: llevado desde el Panteon á las sentinas, y vuelto á conducir al Panteon, se ha elevado á toda la altura de los tiempos que hoy le sirven de pedestal. No se ve ya el Mirabeau real, sino el Mirabeau idealizado, el Mirabeau tal como lo retratan los pintores para hacerlo el símbolo ó el mito de la época que representa; así es mas falso y mas verdadero. De tantas reputaciones, de tantos acontecimientos, de tantas ruinas, no quedan mas que tres hombres, cada uno de ellos enlazado á cada una de las tres grandes épocas revolucionarias. Mirabeau para la aristocracia, Robespierre para la democracia, Bonaparte para el despotismo; la monarquia nada tiene: la Francia ha pagado bien caras tres nombradías que la virtud no puede enaltecer.

París diciembre de 1821.

UNA SESION DE LA ASAMBLEA NACIONAL.—ROBESPIERRE.

Las sesiones de la Asamblea nacional ofrecían un interés que las sesiones de nuestras Cámaras están muy lejos de excitar. Era preciso acudir muy temprano para hacerse con un asiento en las tribunas mas altas. Los diputados llegaban comiendo, hablando, gesticulando, y se agrupaban en los varios ángulos de la sala, segun sus opiniones. Se leía el acta; despues de esta lectura se fijaba el punto de discusion convenido, que siempre era algun proyecto extraordinario. Jamás se trataba allí de los insípidos artículos de una ley; una destruccion rara vez dejaba de formar parte de la orden del día. Se hablaba en pró y en contra; todo el mundo improvisaba bien ó mal; los debates se hacían borrascosos; las tribunas se mezclaban en la discusion, ya aplaudiendo y victoreando, ya silbando y gritando á los oradores. El presidente agitaba fuertemente su campanilla, los diputados se apostrofaban desde un banco á otro. Mirabeau, el joven, cogía por el cuello á su competidor; Mirabeau, el mayor, gritaba: ¡*Callen las treinta voces!* Un día yo estaba colocado detrás de la oposicion realista; tenia delante de mí á un caballero del Delfinado, de negra tez, pequeño de estatura, que saltaba de furor sobre su asiento, y decía á sus amigos: «¡Caigamos, espada en mano, sobre esos miserables!» y señalaba hacia el lado de la mayoría. Las mujeres del mercado, que estaban haciendo calceta en las tribunas, lo oyeron, se levantaron, y gritaron todas á la vez con sus calcetas en la mano y el espumarajo en la boca: ¡*A la linterna!* El vizconde de Mirabeau, Lautrec y otros jóvenes nobles querían asaltar las tribunas.

Pero muy pronto este escándalo fue eclipsado por otro: muchos peticionarios, armados de picas, se presentaron en la barra. «El pueblo se muere de